

se repetían con demasiada frecuencia. Se pagaba al verdugo por días, no por cabezas. Comisionados especiales recorrían las provincias para descubrir los *enemigos del altar y del trono*, y dos de aquellos agentes bastaban para quitar la libertad, la fortuna y la vida. Perecieron en el suplicio Nicolás Florentino, sábio matemático y jurisconsulto, y Eleonora Pimentel, poetisa apreciada de Metastasio y famosa por sus discursos republicanos. Hasta Domingo Cimarosa fué llevado á un calabozo por haber escrito un himno republicano, y puesto en libertad más tarde por los rusos, le dejaron marchar á Venecia, donde murió triste y olvidado. ¡Tal es la historia de todas las reacciones: odio, crueldad, venganza, frenesí, demencia, ríos de lágrimas y torrentes de sangre!

Todos estos horrores pasaban en 1799, y siete años más tarde, en 1806, se verificaba la segunda caída de Fernando. Los destinos de Italia se decidían en Alemania, en la batalla de Austerlitz, después de la cual la corte napolitana se encontró abandonada de los ingleses por consejo, de los rusos por convenio. Entonces declaró Napoleón que el reinado de los Borbones había concluido. Napoleón deseaba tener un rey en Italia. Al aproximarse los franceses, Fernando huyó á Palermo dejando una regencia con orden de no entregar las fortalezas bajo ninguna condición. Así recomendaba el heroísmo ¡huyendo! Carolina se quedó, determinada á no ceder sino á la violencia. Reunió los bandos realistas, llamó á las armas á Fra Diávolo, á Nunciante, á Sciarra, tan temibles á los amigos como á los enemigos; pero las provincias no respondieron á su ardor. Armó á los *lazzaroni*, pero los *lazzaroni* excitaban tales desórdenes, que los ciudadanos intentaron defender por sí mismos la ciudad; y cuando tuvieron las armas en la mano, llamaron á los franceses como libertadores. Segunda caída de Fernando.

Fernando no volvió á sentarse en el trono

de Nápoles hasta 1815, en que fué llevado por la gran reacción europea que sobrevino después de la batalla de Waterlóo. ¿Qué aprendió en la adversidad? Nada, nada, como Fernando VII de España, como Luis XVIII de Francia. A los reyes absolutos no les sirven las adversidades de enseñanza. Su caída estrepitosa debió enseñarles que separados de los pueblos serían arrastrados por la primera tempestad. Tan imprevisores como ingratos, imagináronse que sus súbditos estaban hartos recompensados con el olvido. En vez de hacer prudentes concesiones á sus pueblos, se esforzaron en comprimir sus justas aspiraciones. El absolutismo les pareció una conquista, y no quisieron renunciar á ella después de las restauraciones. El espíritu de familia, de cuerpo, de ciudad, de patria, ese espíritu que constituye la fuerza y la vida de la sociedad, quedó extinguido bajo la simétrica geometría de una administración central, de una centralización absurda. Y desde el momento en que los gobiernos quisieron concentrar en sí mismos toda la vida, debieron ser los responsables de todo. Extinguido el espíritu de sacrificio, suprimido el deber ó el móvil de la actividad individual, los hombres no fueron ya sino cifras, y para dirigirlos contó solo con el auxilio de la fuerza. ¡Efímero auxilio! Solo quedó, pues, que escoger entre una sumisión ciega y desesperados arranques de independencia.

La historia recordará siempre con horror aquella corte, el rey imbecil á quien llamaban sus vasallos el rey pollino, huyendo de la noble profesión de la guerra y encerrándose en los corrales y departiendo con los seres más abyectos; la impura reina Carolina, verdadera Pasifae, dada á todas las abominaciones; el cardenal Rufo, verdugo con capelo; Emma que de las calles de Londres, donde vendía su amor pasó á los estudios de los pintores donde vendía su belleza, y de los estudios de los pintores á la embajada de Inglaterra, comprada también para mujer legítima por un

viejo aristócrata; y de su lecho conyugal á los brazos de Nelson y á la privanza de la reina; hermosísima mujer como el ángel caído, y como el ángel caído perversa, siniestra, que ofrecía á la amistad con la reina y á su propia ambición en holocausto los mártires de la libertad, ahorcados en las calles de Nápoles, arrojados al hondo mar en aquella orgía de sangre.

Y á pesar de tanta infamia, de tanta crueldad, de ese feroz despotismo, de esas ciegas venganzas; de las deportaciones, de los asesinatos; del absolutismo transmitido como un vínculo á todos los príncipes de la familia, y de la resistencia opuesta como un muro de bronce á todos los humanos progresos; la marea del pensamiento nuevo ha subido al trono de los Borbones, y se lo ha tragado para siempre: que no sirve la fuerza, no, á eludir las leyes ineludibles del humano progreso.

Pero sirve la astucia. ¿Quereis ver el rey astuto por excelencia? Es Luis XVIII, el burlesco, el excéptico, el volterriano.

Luis XVIII no se había ruborizado de obtener su trono del beneplácito de los extranjeros. Era el año de 1814. La revolución odiaba á los Borbones: el ejército los tenía en poco. El pueblo les había olvidado. Solo una escasa fracción, compuesta principalmente de los antiguos emigrados, libertinos y traidores que habían renunciado en ley de honor y de verdadera caballería á la nacionalidad francesa, desde que osaron deshonrarla en las conjuraciones y las orgías de Coblenz; sólo los aristócratas eran sus amigos. Sólo ellos, fuera de aquella escuela perversa, ya por entonces propagada por De Maistre y De Bonald, que había fijado sus ojos en el ideal de Gregorio VII y en la temeridad de Bonifacio VIII, y dirigido sus propósitos á la restauración inexorable del antiguo régimen, instrumento que debía ser de una teocracia insaciable. Y Luis XVIII no hubiera podido asaltar con semejantes auxiliares la dirección política de un país que Voltaire limpiara de-

finitivamente de supersticiones clericales, después que Montesquieu la libertó de preocupaciones políticas. Luis XVIII no hubiera podido sorprender á Francia con su imperio, si la desdeñosa indiferencia de Alejandro de Rusia, la oculta complicidad de Austria, la gestión interesada de Inglaterra, la presión de las potencias de segundo orden, y ante todo la postración moral y material de Francia, no le hubiesen allanado el camino.

Luis de Borbon, por lo demás, no era capaz de crear un trono, no ya á la cabeza de una minoría fanática y desprestigiada, pero ni aun al frente de una mayoría inteligente y resuelta. Enrique IV, su ascendiente, había ganado á París adoptando la misa. En cuanto á él jamás había conocido ó hablado de la revolución sino para escarnecerla y temerla. Parecía prudente, y no era más que tímido; astuto y no era más que taimado y frío. Primer príncipe de la sangre, intermediario natural entre el trono, á quien le ligaban vínculos sacratísimos para todo hombre honrado, y el pueblo, cuyos agravios podían llegar más fácilmente á él, á los dos hizo traición en los momentos del conflicto, de los dos huyó ruinmente cuando se encontraron, ó porque su natural malevolencia le impedía intervenir en favor del trono, cuya superioridad le humillaba, ó del pueblo, cuya exaltación le ofendía, ó porque la pobreza y frialdad de su alma no le permitían presentir la siniestra trascendencia de aquel conflicto, que no había de terminar sino en una expiación sangrienta de la dinastía y en un sacrificio heroico del pueblo: en el suplicio de Luis XVI y en la guerra europea.

Luis XVIII era todavía en 1814 el mismo que cuando en 1790 huyó de Francia, dejando el trono de sus mayores comprometido y el pueblo exacerbado. Si los ultramontanos y los aristócratas habían confiado en su odio á la libertad, no carecían de razón. Solo él se había atrevido á dudar de la virtud del derecho y de la sabiduría política de las Cortes españolas, al proclamar el principio de la

soberanía nacional frente á las pretensiones de Napoleon Bonaparte, que creía poseer á España porque poseía á su rey. Sólo él se hubiera atrevido á dudar que el brillo de la libertad fuese en Francia absolutamente necesario para desvanecer el brillo todavía tan deslumbrador del imperio. Pero consecuente con su naturaleza, dominado ya por los instintos propios de una dinastía en decadencia, que la oscuridad reclamaba ya con imperio, Luis XVIII era más capaz de pervertir y falsear las instituciones liberales que de aniquilarlas. La revolución le era odiosa, pero la reacción proclamada por los jesuitas y los aristócratas le espantaba. Accedió al fin á que los poderes públicos obedeciesen á una Constitución, pero no la consintió sino otorgada. Toleró que los representantes del país interviniesen en la formación de las leyes, pero no sin reservar á la corona la facultad de publicar las ordenanzas que fuesen necesarias á la salud del Estado. Hubo todavía segunda Cámara; pero su nombre clásico, y un si es no es republicano de Senado, fué sustituido por el feudal de Cámara de los Pares. Hubo también *libertad* de imprenta, pero subordinada á la facultad del poder de *prevenir y reprimir* los abusos, y la misma facultad parlamentaria de examinar y votar los impuestos, tradicional en la Constitución europea, no llegó hasta el extremo de privar al rey de decretar los créditos extraordinarios.

Figuraos ahora cuál debió ser la obra de aquel rey armado por una Constitución retrógrada de poderes tan extraordinarios, rodeado de nobles que habían perdido á manos de la revolución su jurisdicción, sus rentas y sus privilegios, seguido de clérigos que le hablaban de la cólera de Dios, porque no podían obtener el favor y la sumisión del pueblo, y animado en cuanto á él de una prevención tan profunda contra el régimen constitucional. Sus asechanzas á la libertad no tuvieron más límite que el miedo. Si la

revolución lejana ya, y al parecer definitivamente vencida, no le hubiera, á pesar de todo, intimidado, si las potencias europeas, y ante todo la astuta Inglaterra que le hubieran favorecido, no le hubieran moderado, la libertad habría perecido. Aun así no hubo uno solo de los principios de 1789 que no amenazara, ni interés liberal que respetase, ni garantía constitucional que no infringiese ó anulase. La Francia épica del imperio y de la república, quedó bien pronto reducida á una reproducción absurda y vergonzosa de la Francia de los últimos Valois y de los penúltimos Borbones. Napoleon la ahuyentó por un momento con un rasgo de audacia suprema al desembarcar en Cannes. En aquel instante Luis XVIII, es decir, el rey invariable de las catástrofes, en aquel instante, Luis XVIII arrojó sus emigrados, sus clérigos, sus prerogativas, hasta sus amigos y sus preocupaciones al ejército que seguía á Napoleon, al pueblo que se decidía por el emperador. La degradación fué inútil. Luis XVIII salió desterrado, abrumado hasta por el sarcasmo y la indignación de Chateaubriand, el último poeta de la legitimidad.

Cuentan las crónicas que cierto día estaba Chateaubriand departiendo con Luis XVIII. Los Borbones debían mucho al gran poeta de la legitimidad. Evaluaban su folleto contra Bonaparte en el precio y en la fuerza de un ejército de cien mil hombres. Estas deudas de gratitud no obstaron á que lo trataran indignamente, sacrificándolo á su rival Villele, y despidiéndole del ministerio de Negocios extranjeros como quien despide á un lacayo. Pero el rey Luis XVIII, cuyo talento más abierto á las ideas modernas, gustaba de comunicarse con todos los hombres extraordinarios, trataba de política un día con Chateaubriand. Y en el curso de la conversación le preguntó: «¿Qué creéis de la monarquía?» —«Perdóneme V. M. que le hable con toda franqueza. La creo perdida.» —«Y yo también, añadió Luis XVIII.»

Y efectivamente, aunque en la persona de este rey se restauró la monarquía, murió en la persona de su inmediato heredero Carlos X, supersticioso, fanático, pagado de su autoridad legítima como un monarca del siglo décimosexto; implacable en perseguir á los representantes del espíritu moderno, inaccesible á todo progreso, especie de bajo relieve perteneciente á una sociedad antigua y perdido en el naufragio de la sociedad moderna; capaz de imaginarse haber detenido el tiempo con resucitar las ceremonias de la antigua monarquía en Reims, donde se coronó entre nubes de incienso, armonías del órgano, cánticos sagrados, legiones de nobles y de obispos, para caer al sacudimiento de la revolución, y atravesar las mismas aguas, amargas como las lágrimas, verdi-negras como las atrabilis, que dos siglos antes habían atravesado los Estuardos, precipitándose desde el trono al destierro por los mismos errores y las mismas culpas.

Visto que la monarquía, rígida, austera, no fué bastante á salvar los reyes, los penates de las antiguas sociedades, empeñáronse los monárquicos en una falsificación, que adulterase á un tiempo el principio de libertad y el principio de autoridad. Y para esta falsificación jamás se hubiera encontrado un hombre de los antecedentes y de los caracteres de Luis Felipe. Hijo de reyes por su cuna y perteneciente al pueblo por sus desgracias; individuo de aquella familia de Orleans que al cabo había de servir á la monarquía aunque fuese por ambición, y servido al pueblo, aunque fuese por interés; bastante hipócrita para estar bien con la Iglesia y bastante excéptico para estar bien con la filosofía; regicida y víctima de los regicidas; amigo y enemigo de la revolución; demócrata capaz de poner toda clase de límites á la democracia y monárquico capaz de adulterar con todo género de adulteraciones la monarquía; representante de aquellas clases medias nacidas de la revolución que eran sensatas por ca-

rácter y duchos en las cábalas políticas, pero egoistas y corrompidas, Luis Felipe representaba con títulos excepcionales el eclecticismo universal y por ende la duda y la incertidumbre que al cabo se convierte en corrupción.

Había combatido heroicamente por la libertad y la gloria de Francia en la batalla de Jemmappes, había llevado además de su pericia militar, su esclarecido nombre y su discretísimo consejo á nuestros diputados de Cádiz, los enemigos del imperio y de la servidumbre francesa, más formidables de que haya noticia: no había desdeñado participar de los oscuros conflictos de la emigración dedicándose como ella al profesorado ú á las ocupaciones mecánicas; y sin embargo, indudablemente reservaba con misteriosa inquietud en el fondo de su alma la palabra de Danton, del sagaz y heroico Danton, que dándole una palmada en el hombro le había predicho en el campo de Jemmappes el trono de Francia.

Luis Felipe era además un personaje esclarecido. Víctor Hugo, la profecía y la cólera de la revolución, no ha tenido inconveniente en referir en una obra para siempre célebre, las virtudes domésticas, la fidelidad conyugal, la piedad filial, la previsión, ó mejor aun, la ceguera personal y los humanitarios sentimientos del rey Luis Felipe. Nosotros podemos añadir que, á diferencia de otros reyes menos experimentados en la política y en la vida, el inteligente Luis Felipe no había estimado jamás el militarismo y la teocracia. Del primero, apenas si se había acordado para consumir la conquista y sumisión de la Argelia. En cuanto á la teocracia, ¿quién no recuerda, siquiera sea por las rientes reminiscencias de la juventud, que Luis Felipe no le permitiera jamás traspasar el dintel de las universidades, y sostuviera con ella la heroica lucha que no debía terminar hasta que la restauración bonapartista, en su época de inexperiencia y de debilidad,

sacrificase á las conveniencias jesuíticas hasta su significado esencialmente democrático y revolucionario?

Pero Luis Felipe incurrió en la suprema inconveniencia de entregarse absolutamente al partido conservador, ó para hablar con más exactitud, en crear y dirigir á su antojo un partido llamado conservador. Ningun militar habia, por ventura, al frente; ni siquiera Bougeaud, el ilustre vencedor de los marroquíes en Isly. Su verdadero jefe era Guizot, del cual dice el cáustico Cormenin, que le habia visto tierna y honradamente abrumado bajo inmensas desventuras domésticas; de quien positivamente se sabe que cualesquiera que fueran los medios corruptores que para la intriga política empleó, jamás fué sospechoso de haber intervenido ó haberse aprovechado de ágios, negocios y robos; hombre eminente en suma, hombre honrado tambien en su vida privada, á quien solo faltó algo más de flexibilidad, de inteligencia y de modestia política para haber servido poderosa, si más modestamente, á la monarquía, á la cual arruinó al fin con su fogosidad y su obstinacion tenacísima en sostener el retroceso.

Guizot y sus amigos los moderados eran en efecto mil veces más funestos que los más astutos enemigos. Su política podia llamarse la inercia sistematizada. Cuando movida por tiránicos abusos, exigiáales la oposicion que reformára el artículo 291 del Código penal, ó sea aquella disposicion que prohibia la reunion espontánea de más de 20 personas, Guizot contestaba, que no era á la sazón cuando la libertad peligraba, que su intencion no era cohibir las reuniones legítimas por numerosas que fuesen, pero que entretanto, ley del país era la disposicion impugnada, y mientras una modificacion legislativa no viniese, todo el mundo debia someterse á las leyes existentes. «Toda vez, añadia al concluir el desventurado, toda vez que el poder está provisto de un arma legal, no solo no debe desprenderse de ella, sino que debe servirse á toda costa.» Algun

tiempo despues, ni aun las reuniones puramente religiosas de la Iglesia reformada de Francia, eran toleradas.

Cuando estimulados por su origen, por su protesta contra las ordenanzas sobre la imprenta promulgadas por Carlos X, los revolucionarios de Julio, es decir, los autores y mantenedores de la dinastía, reclamaban la aplicacion prometida á mayor abundamiento por una ley del juicio por jurados á la prensa, Mr. Guizot contestaba con su habitual imparcialidad: «la emmienda que proponeis, tiende á cambiar la legislacion de la prensa, y á abolir todo lo que se ha hecho sobre esta materia desde 1819; pero no creo que esta modificacion pueda intentarse inmediatamente, y sin maduras deliberaciones.» En fin, cuando la oposicion monárquica y dinástica, en el colmo de la exasperacion, pedia rendida, angustiosamente, que la reforma electoral y parlamentaria se verificase para que nuevas clases, una parte del pueblo, la mitad de Francia siquiera, se creyese solidaria de aquel régimen, en cuyos destinos podria de entonces en adelante intervenir; cuando la oposicion deciamos reclamó la reforma electoral, el eterno, el indispensable, el ciego Guizot contestaba aun con inocente sangre fria: «Hay quienes creen que la reforma electoral es un objeto hácia el cual debemos dirigirnos inmediatamente..... nosotros creemos que, hasta que sobrevengan tiempos todavía muy remotos, el interés del país, lejos de exigir esa reforma, la rechaza.»

Aquella resistencia injustificada, arbitraria, servil, sistemática; aquel régimen frívolo y cruel que creia haber dado la libertad porque habia respetado un mecanismo; aquella situacion que con haber consentido la existencia de dos Cámaras ficticias y un cuerpo electoral oligárquico y corrompido, se creia dispensada de toda culpa, aquella resistencia debia morir.

Si Luis Felipe pudo sostenerse aún diez años más, merced á la debilidad é ineptitud

del partido progresista, al optimismo é inocencia de los jefes reconocidos del partido republicano, Thiers, el orador y el hombre más inteligente del primero, habia tenido más de una debilidad con la córte, habia transigido alguna vez con el gobierno personal del rey, y tal vez no habia pensado en la necesidad de depurar el régimen constitucional y humillará la córte, sino como en una tentativa capaz de satisfacer su vanidad. Los hombres más ilustres del partido republicano, oídos en las Cámaras hasta poco antes de la revolucion de 1848 con indudable y merecido respeto, habian llegado á contagiarse con la inercia oficial, y poco antes, muy poco antes aún de los sangrientos dias de Febrero, en el célebre banquete de Chateau-Rouge se atenan á la forma electoral y parlamentaria y confiaban ¡cándidos! en que su envidiable reputacion parlamentaria y su justísimo crédito en el país, bastarian á ganar Francia para su república.

Solo cuando unos cuantos hombres, republicanos en el fondo de su alma, oscurísimos por lo demás en su inmensa mayoría, á quienes por entonces se calificaba de inteligencias rígidas, pero cultas y poco flexibles en lo general, libres de toda vacilacion, poco versados en el conocimiento de los hombres, impacientes, irritados, llenos de desprecio hácia los términos medios, dominados por una idea fija, movidos por una pasion viva, profunda y generosa; solo cuando estos hombres, despreciables al parecer, pusieron su odio y su alma sobre aquella dinastía ingrata y perjura, y se atravesaron entre la córte humillada y el pueblo exasperado en la primera hora de una revolucion, solo entonces cayó la dinastía de Orleans.

Pero entonces cayó instantánea, completa, ignominiosamente. ¡Como Carlos X! refiere el legitimista D'Arincourt, que exclamaba en su hora postrera Luis Felipe aterrado. Como Carlos X y como Carlos I, como Luis XVI y como Francisco II, como todo rey que ha

mentido á su pueblo un amor que no sentia á la libertad, admiracion de que en realidad no participaba, Luis Felipe, poseído á su vez del vértigo ignominioso que arrebata á todo rey vencido y moribundo, llamó á Molé cuando Guizot fué imposible; á Thiers, despues de Molé; á Odilon Barrot despues de Molé y Thiers; á la abdicacion en favor de su nieto y la regencia despues de Odilon Barrot, de Thiers y de Molé. ¡Pobre hombre! Diez y ocho años hacia que hostilizaba á la libertad. Pero la libertad ultrajada encontró á su vez sus vengadores. Era la hora, y la libertad ultrajada devoraba un rey más.

La historia recordará siempre el trágico drama de este dia, en que el rey único de la revolucion, el rey prometido por algunos girondinos, y profetizado por el génio de Danton se desvanecia y disipaba como la sombra de un pesado sueño; recordará las oposiciones, vacilantes entre renunciar á sus derechos ó recurrir á la violencia; la guardia nacional, tan devota de los Orleans, convocada á una manifestacion anti-dinástica y decidida á este gran desacato; los estudiantes, que con los milicianos empiezan y concluyen la revolucion madre de aquella monarquía, jurando en el Panteon nuevas protestas y yendo á llevarlas en son de guerra hasta las puertas de las Cámaras; el ejército, no muy seguro, y mandado antes que por generales de combate por generales de salon; el ministerio, no muy sólido, disolviéndose en la crisis suprema que no habia acertado ni á calmar, ni á prevenir, ni á resolver; las sociedades secretas, que alarman y no trabajan, que engendran los proyectos más colosales y paren las empresas más ridículas en busca de la policia por los cajones y en requerimiento de armas por las tiendas; muerta la princesa Adelaida, el talento varonil de la familia; ausente el duque de Aumale en su gobierno de Africa; semi-desterrado el de Joinville; atemorizadísimo y perturbado el de Montpensier; Molé traído á las Tullerías, corriendo en pos de un